



“Aquellas escaramuzas por mí memoradas”: experiencia y memorias de batalla en las crónicas de Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo

Valeria Añón
Universidad de Buenos Aires – CONICET

Resumen

En este trabajo analizamos la representación de la experiencia de conquista en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. En ambas crónicas, a medida que los soldados avanzan (en el territorio y en el relato), la vivencia sensible se constituye en piedra de toque en la organización de la trama, definiendo identidades. Nos centramos entonces en ciertos enfrentamientos paradigmáticos (la Noche Triste, la caída de Tenochtitlan) para dar cuenta de las metáforas –vinculadas a la percepción de la corporalidad propia y ajena–, en las que esta experiencia se inscribe, y en sus cruces con tradiciones discursivas específicas.

Palabras clave: Crónicas – representación – subjetividad – memoria – experiencia

Abstract

In this essay we analyze the representation of the conquest in *Cartas de Relación* by Hernán Cortés and in *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* by Bernal Díaz del Castillo. In both chronicles, the experience of the *New World* to be conquered organizes the plot and contributes to define identities. We analyze, in particular, some transcendent events in the conquest of México, such as the so called “Noche Triste” and the siege of Tenochitlan, in which multiple and complex im-

Olivar N° 13 (2009), 31-53.



Esto es así porque ambos textos son, en buena medida, memoriales de batallas, que ponen en escena tanto modelos retóricos diversos como la magnitud del concepto de “experiencia” (y de su dificultad para narrarlo) desde la óptica del soldado o del capitán que ha vivido aquello que cuenta.³ En esta trama de escaramuzas y repliegues, autopercepciones y percepciones acerca del *otro* organizan los modos de la subjetividad; inscriben, textualmente, la concepción de la alteridad. Así, estas imágenes y metáforas, vinculadas a la inscripción textual de la corporalidad, tienen un funcionamiento central en las escenas de batalla en la medida en que el enfrentamiento articula un lenguaje común –incluso antes de que se conozca la lengua otra–, un modo de conocimiento del otro: una forma de la percepción de su cultura y su espacio.⁴

Por otra parte, contraponer las perspectivas del capitán y del soldado –más allá del supuesto “popularismo” bernaldiano, que la crítica ya ha señalado (Iglesia, 1942)– contribuye a mostrar las inflexiones de la representación de la experiencia y la memoria, fijadas a un *locus de enunciación* dado. También se vincula estrechamente con el lector al que cada crónica se dirige –el rey en el caso de las *Cartas de relación*; los

informe al rey que era enviado periódicamente, para dar cuenta de los avances. La primera se escribe en 1519; la quinta, en 1525. Es decir, el capitán desconocía el desenlace final de los acontecimientos en los momentos en que se dirigía a la autoridad. En cuanto a la *Historia verdadera*, el primer manuscrito de Bernal Díaz fue concluido hacia 1568 y enviado a España en 1575. Este es el texto que, con algunos cambios e interpolaciones (eruditamente estudiadas por Carmelo Sáenz de Santa María en la introducción a su edición de 1982) se publicó como primer impreso en 1632. El original se ha perdido y solo se conserva esta edición, conocida como “Manuscrito Remón”. Bernal Díaz conserva una copia, en la que continúa trabajando hasta su muerte (aproximadamente en 1584); es la que actualmente se conoce como “Manuscrito Guatemala”. En este manuscrito (editado por José Emilio Barbón en 2005) nos basamos para este trabajo, cotejando algunas zonas con el ms. Remón.

³ Este *locus de enunciación* de inscribe en un debate fundante en las crónicas de Indias. Gloria Chicote lo explica del siguiente modo: “Entre la producción textual de este primer período pueden señalarse dos líneas enfrentadas que se adjudican respectivamente la facultad de narrar la “verdad” de la historia de Indias: la de los testigos de la Conquista, ya sean letrados o soldados, y la de los intelectuales que escriben desde España, proporcionando una versión de los hechos destinada a ofrecer una narración “objetiva”, proveniente de documentaciones escritas o de relatos orales de terceros” (2003: 269).

⁴ A propósito de los *usos* del enfrentamiento y de las posibilidades de aprendizaje acerca del *otro* en esta instancia, seguimos el análisis de Inga Clendinnen para el mundo mexica (2003).

“curiosos lectores” en la *Historia verdadera*– y a los cambios en la propia subjetividad que el contacto con el *otro*, y la conquista, han convocado.

Para dar cuenta del funcionamiento textual de estas representaciones (y de sus desplazamientos), seleccionamos dos momentos fundamentales: la derrota de las tropas de Cortés a manos de los mexicas, conocida en las crónicas de tradición occidental –a partir de la calificación de Francisco López de Gómara– como la “Noche Triste” y, en contraposición, el asedio a Tenochtitlan y la caída de la ciudad. Si la primera batalla en territorio mexicano, conocida como la “batalla de Cintla”, prefiguraba los enfrentamientos posteriores y el triunfo español, los relatos de algunos desastrosos combates permiten dar cuenta de la constitución de un nuevo sentido producido en la conjunción de las concepciones occidentales y la experiencia americana, cuyas resistencias afectan a la representabilidad de la palabra escrita.⁵ En el lapso que media de la exitosa batalla de Cintla a la huida de Tenochtitlan, en el desplazamiento textual que ello implica, es posible leer la necesidad de aprender a narrar el fracaso, aunque con inflexiones muy distintas de acuerdo con el momento de la enunciación y los saberes acerca del triunfo posterior. Asimismo, en el relato del asedio y la caída de la ciudad, en la construcción retórica del triunfo, es posible la variable constitución identitaria que delinea adscripciones, lealtades y críticas, en un movimiento textual que, lejos de ser unívoco, se modifica a lo largo de cada capítulo y entre los distintos textos.

Aprendizajes: narrar la derrota

“Quedó guarda en lo ganado, y volviéronse al real con bartas heridas, cansancio y tristeza, porque más sangre y ánimo perdían que tierra ganaban.”

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia de la conquista de México*

Luego de la decisiva y victoriosa batalla de Cintla, el avance por territorio mesoamericano continúa. Las crónicas lo relatan en una dinámica de comunicación, negociación, enfrentamientos armados, victoria espa-

⁵ Ya se han analizado las características de esta batalla, a la luz de los trabajos de Ron Barkai (1984) y Alfonso Mendiola Mejía (2003) en “Sujetos y cuerpos: memorias de batalla en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*” (Añón, 2009).

ñola y alianza estratégica. El capitán sabe muy bien que nada conseguirá sólo por medio de sus tropas: necesita imperiosamente asegurar aliados para obtener bienes (comida, ropa, refugio y, por supuesto, oro y joyas), y cimentar su conquista. Así, se suceden enfrentamientos bélicos con cempoaltecas, cholultecas, tlaxcaltecas (sus más valiosos “amigos” luego), a medida que van llegando noticias de la ciudad magnífica, México-Tenochtitlan. Dichos enfrentamientos con pueblos de técnicas militares semejantes entre sí dotan a los españoles (en especial, a Cortés y a sus capitanes, pero también, aunque en forma más limitada, a sus tropas, como subraya Bernal Díaz en varias ocasiones) de valiosos saberes acerca de tácticas, estrategias, armas, intenciones e insignias. Esto se perfila en la atención que cada crónica presta a la descripción de técnicas de lucha, desplazamientos y armamentos, indicando así un conocimiento cada vez más ajustado de las concepciones militares del enemigo.

Sin embargo, nada prepara a los españoles para lo que presentará Tenochtitlan: una ciudad lacustre cuya estructura de chinampas, azoteas, puentes rebatibles, lagos, diques y calzadas es deslumbrante muestra de la capacidad mexicana para transformar un emplazamiento natural ventajoso en términos defensivos, aunque muy arduo para el desarrollo de la vida cotidiana. Luego de una apoteósica entrada a la ciudad y de vicisitudes históricas por todos conocidas (la prisión de Motecuhzoma a manos de Cortés, la matanza de Templo Mayor a cargo de Pedro de Alvarado, mientras Cortés lidiaba con las tropas de Pánfilo de Nárvaez), los acontecimientos se precipitan contra las tropas españolas.

Desde Cintla hasta aquí, el aprendizaje de los españoles es evidente: los indicios que anticipan el enfrentamiento se multiplican en los textos. Ahora, en territorio mexicano, todo se caracteriza por el silencio y el vacío: caseríos despoblados, ausencia de embajadores y comitivas, falta de mínimo abastecimiento (comida, agua, lugar de reposo) y, especialmente, ausencia de gestos que indiquen intento de diálogo o de negociación pacífica:

Y toda la tierra estaba alborotada y *casi despoblada*, de que *concebí mala sospecha*, creyendo que en los españoles de la dicha cibdad habían quedado muertos y que toda *la gente de la tierra estaba junta esperándome en algún paso o parte* donde ellos se podrían aprovechar mejor de mí” (Cortés, 1993: 268; subrayado nuestro).

Cortés conoce las tácticas de los enemigos y teme las emboscadas; el silencio, el vacío, el espacio despoblado anuncian el ataque y son cara opuesta a la multitud de indios que los asediará luego.

En ambas crónicas, el relato de la Noche Triste presenta una estructura similar a la batalla de Cintla, desplegando, a lo largo de los capítulos previos, amenazas, preparativos, pedidos de tregua, decisiones de ambos bandos. Pocos días antes, Cortés ha vencido a Pánfilo de Narváez (cuya armada, enviada por Diego de Velásquez, había arribado para tomarlo prisionero) y ha ganado para sí, por medio de alabanzas, promesas y regalos, buena parte de sus tropas, armas y cargamentos. Este episodio, extraordinario en varios sentidos –por la victoria de Cortés pero también por el momento en que ocurre–, colma de orgullo y confianza al capitán y hace de su entrada a México un grave error de cálculo, expuesto de manera más o menos explícita por los distintos cronistas. Esto es evidente en la caracterización de los españoles: en cuestión de días pasan del triunfo ante Narváez a la derrota y la deshonrosa huida. Poco después de regresar, triunfantes, a Tenochtitlan, están abrumados por las múltiples batallas, el hambre, el frío, la falta de treguas: ahora son un cuerpo militar dividido entre *los de Cortés* y *los de Narváez*, algo que enfatiza Bernal Díaz, y que Cortés calla, por obvia conveniencia.

La escena que da comienzo al ataque anticipa lo que se reiterará, con creciente intensidad, día tras día: el colectivo español marcado, lastimado, herido, sangrante –pero que aún resiste– frente al poderoso colectivo indígena, definido por términos como “multitud de guerreros” (Díaz del Castillo, CXXXVIII: 389) o “infinita gente” (Cortés, 1993: 278). En el detalle, Bernal Díaz suma el peligro de la muerte en sacrificio a manos de los mexicas, aliciente de peso para acicatear al soldado español:

Y dijo aquel soldado que estaba toda la ciudad y camino por donde venía lleno de gente de guerra con todo género de armas, y que le quitaron las indias que traía y le dieron dos heridas, y que si no se les soltara *le tenían ya asido para meterle en una canoa y llevarle a sacrificar* (2005: CXXXVI: 384; subrayado nuestro).

Este tipo de amenazas reaparece con insistencia en la *Historia verdadera*, en especial en los pasajes previos a la Noche Triste. Así, por medio de la reconstrucción pormenorizada de las más estremecedoras

imágenes, se evoca en el lector el temor de los españoles y se ofrece una imagen brutal, aterradora, del enemigo. Más aún, lo que se ofrece es “la imagen de un enemigo digno, que por la misma razón enaltece a quien pelea” (Rodríguez, 2009), en consonancia con la tradición de los relatos de las cruzadas contra los musulmanes y las escenas bíblicas (Barkai, 1984). Asimismo, la antitética comparación entre ambos grupos, los indígenas “armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear” (Díaz del Castillo, 2005: 29) y la actitud de los españoles articula la justificación retórica del enfrentamiento.

En especial en la mirada del soldado, en cada ataque los indígenas controlan la escena: son retratados como más numerosos, decididos, valientes, determinados a la pelea. Como contrapartida, el español parece limitado a responder sólo a partir de su proverbial bravura.⁶ No hay artilugio ni estratagema que haga retroceder a los mexicas y así los presentan ambos cronistas. Dueños de la ciudad, la saben una trampa mortal, prevén posibles vías de escape, bloquean las calzadas, cierran los diques, prenden fuego a los palacios, derrumban puentes, destrozan ingenios; en definitiva, minan la moral del español e infunden temor tanto en el ataque efectivo como en una omnipresencia enfatizada por las crónicas. Si la ferocidad y la valentía del enemigo no son obstáculo para el español (antes bien, provocan admiración, los colocan en pie de igualdad y vuelven más deseable la victoria), la superioridad numérica y militar de los indígenas, como se va descubriendo día a día, mina los ánimos de soldados y capitanes hasta un límite desconocido.

Las tramas de la *Segunda carta de relación* y de la *Historia verdadera* se hacen eco de estas resonancias al exhibir cierta dificultad para narrar lo simultáneo, la demasía, el asedio. Recurren con insistencia a las enumeraciones (con el uso de conjunciones copulativas *y*, *ni*), a la reiteración de escenas, impresiones, adjetivaciones: “tan”, “tantos”, “muchos”,

⁶ Ilustra Cortés: “Pero eran tantas y tan fuertes y de tanta gente pobladas y tan bastecidas de piedras y otros géneros de armas que *no bastábamos para las tomar todos ni defendernos que ellos no nos ofendiesen a su placer*” (1993: 270; subrayado nuestro). Agrega Bernal Díaz: “Y es que tuvieron tanto atrevimiento que unos dándonos guerra por unas partes y otros por otra, entraron a ponernos fuego a nuestros aposentos, que *no nos podíamos valer con el humo y fuego*” (2005: CXXVI: 385; subrayado nuestro).

“multitud”.⁷ Mientras la confusión y la desesperación se acentúan, se multiplican las referencias a los padecimientos diarios. Sin pausa, el español, asediado, cansado, hambriento, desorientado por la lucha sin tregua y sin cuartel, pierde la capacidad de resistencia. Página a página cada narrador detalla el hambre, el frío, las heridas, la muerte; se construye así el retrato de una corporalidad esforzada, sufrida, que enfrenta la guerra sólo en virtud de cierto debilitado ánimo caballeresco. “Y allí estuve aquel día y otro porque la gente, así *heridos* como los sanos, venían *muy cansados y fatigados y con mucha hambre y sed* y los caballos asimismo traíamos bien cansados” (Cortés, 1993: 284; subrayado nuestro).⁸

Acentúa la fatiga de los españoles el estilo guerrero de los mexicas: múltiples y rápidos ataques, tanto de día como de noche, con un sistema de relevos, aprovisionamientos y repliegues, algo especialmente anotado por Cortés, siempre atento a tácticas militares. Claro que tanta insistencia en la propia debilidad y esfuerzo en el bando español, más allá de la retórica del relato bélico (Barkai, 1984) tiene otras motivaciones: explicar los fundamentos de la pérdida de la ciudad y la desastrosa huida, algo mucho más necesario aún en la *Segunda carta de relación*, escrita cuando la derrota está fresca y la victoria parece todavía lejana. No obstante, esta es, también, una estrategia de persuasión y autopercepción: de ma-

⁷ “Y era *tanta* la gente que estaba en defensa de dicha puente y azoteas y *tantas* las piedras que de arriba tiraban y *tan grandes* que nos desconcertaron los ingenios y nos mataron un español e hirieron muchos otros sin les poder ganar ni aun un paso aunque puñabamos mucho por ello” (Cortés, 1993: 274; subrayado nuestro). “Le salen *tantos* escuadrones mexicanos de guerra y *otros muchos* que estaban en las azoteas, y le dieron *tan grandes* combates que le mataron a las primeras arremetidas diez y ocho soldados” (Díaz del Castillo, CXXVI: 385; subrayado nuestro).

Estos modos de la caracterización del espacio se inscriben, además, en la retórica descriptiva específica de los relatos de viaje medievales, como ya señaló Paul Zumthor en su trabajo *La medida del mundo* (1984). Jimena Rodríguez analiza estas modulaciones, en el cruce entre tradiciones medievales y crónicas de Indias, en *Procedimientos de escritura de relatos de viajes en crónicas de la conquista* (2009).

⁸ “En aquel cu y fortaleza nos albergamos y se curaron los *heridos*, y con muchas lumbres que hicimos, *pues de comer ni por pensamiento*. [...] Qué lástima era de ver curar y apretar con algunos paños de mantas nuestras heridas, y como se habían resfriado y *estaban hinchadas, dolían*” (Díaz del Castillo, CXXVIII: 397; subrayado nuestro). En su pincelada memorialista, Bernal Díaz actualiza el dolor de las propias heridas; esta forma de hacer ingresar el padecimiento corporal acerca la experiencia al lector al tiempo que enaltece sus acciones.

nera especular (en tanto imagen invertida), la enaltecida representación del guerrero mexica enaltece, a su vez, a quien lo enfrenta y lo vence.

Agotados los recursos efectivos y narrativos (en el hiperbólico relato una guerra sin fin), la muerte de Motecuhzoma sella la huida. Cautivo, el *uey tlatoani* funcionaba asegurando cierta protección (cada vez más precaria); una vez muerto –en confusas circunstancias– la suerte de los españoles parece estar echada. Ambas crónicas se detienen en este grave acontecimiento, al que le dedican un capítulo específico. Allí no solo deslindan responsabilidades propias, al afirmar que Motecuhzoma fue herido por los mexicas: también describen el definitivo sentido de la contienda, que ahora se les ha vuelto por completo hostil. En cada relato, capitanes y soldados se muestran respetuosos de la ritualidad de la muerte, en especial en lo que atañe a tan gran personaje, pero la lógica que oponen los mexicas parece tomarlos desprevenidos: la batalla no se detiene; un nuevo rey ha sido nombrado; el entierro se lleva a cabo a sus espaldas, en una temporalidad paralela a la guerra, refractaria a la mirada extranjera.⁹

Llegadas a este punto, las crónicas no albergan espacio para detenerse un momento más en el mundo indígena: es preciso escapar de la ciudad fabulosa que es ahora la ciudad-trampa y la ciudad-tumba. La decisión se resuelve en escenas colectivas de diálogo entre los capitanes y Cortés (*Historia verdadera*),¹⁰ y en la enumeración y resumen de las razones ya desplegadas (*Cartas de relación*).

Y viendo el *grand* peligro en que estabamos y el *mucho daño* que los indios cada día nos hacían, y temiendo que también desficiesen aquella calzada como las otras, y desfecha, *era forzado morir todos*, y porque de todos los de mi compañía fui requerido muchas veces que me saliese, y porque todos o los mas *estaban heridos y tan mal* que no podían pelear, *acordé* de lo facer aquella noche (Cortés, 1993: 278; subrayado nuestro).

⁹ “Y yo lo fice sacar así muerto de los indios que estaban presos, y a costas los llevaron a la gente. Y no sé lo que del se hicieron, salvo que no por eso cesó la guerra, y muy más recia y muy cruda de cada día” (Cortés, 1993: 272).

¹⁰ “Fue acordado por Cortés y por todos nuestros capitanes que de noche nos fuésemos, cuando viésemos que los escuadrones guerreros estaban más descuidados” (Díaz del Castillo, 2005: CXXXVIII-393).

Con su característica medida, las *Cartas de relación* construyen un cuadro de necesidad ante una muerte cada vez más segura. Por eso, términos como “peligro”, “daño”, “herida” organizan la descripción del agotado campo español. Nótese además la selección verbal, *acordé de salir*, remitiendo a una toma de decisión plural que, si bien no deslinda responsabilidades, hace del desastre huida consensuada e inevitable. Por su parte, la *Historia verdadera*, mientras enfatiza el colectivo del *nosotros* español –más cohesivo ante la inminencia del desastre–, expone con mayor claridad la desigualdad entre fuerzas españolas e indígenas, enaltecendo entonces, nuevamente, la magnitud de la conquista.

Como *veíamos* que cada día *menguaban* nuestras fuerzas y las de los mexicanos *crecía*, y *veíamos* muchos de los nuestros *muertos* y todos los más *heridos*, y que aunque peleábamos como *muy varones* no podíamos hacer retirar ni que se apartasen *los muchos escuadrones que de día y de noche nos daban guerra*, y la pólvora apocada, y la *comida* y el *agua* por el consiguiente, y el gran Montezuma muerto (2005: CXXXVIII- 393; subrayado nuestro).

Luego de esta enumeración, la acción a seguir se despliega evidente; visible para soldados y capitanes tanto como subrayada en la insistencia en el acto de *ver*, que alcanza su clímax en una potente metáfora: “veíamos nuestras muertes a los ojos” (Díaz del Castillo, 2005: CXXXVIII- 393). La amenaza constante se condensa en esta sensación de mirar la muerte a los ojos, sentirla en su proximidad, aunque no como destino: como posibilidad a eludir. Si la muerte cumple un rol central en la cultura de los mexicas –escenificada con ritual espectacularidad en los sacrificios humanos–, este enunciado condensa la diferencia en el modo de concebirla: quizá uno de los elementos más poderosos en la conformación de la sociedad mexicana como un *otro* de irreductible alteridad.

En la huida, llevada a cabo durante la noche, el cuerpo español presenta otra valencia: unido al oro, escenifica el exceso que lleva a la perdición o bien la humildad y el cumplimiento del deber, que permiten salvar la propia vida. Antes de relatar el escape por puentes y calzadas colmados de enemigos, cartas e historia se detienen a detallar el cuidado del oro –tanto del rey como propio–. Aliados (más de ochenta tlaxcaltecas, comenta Bernal Díaz) y animales (una yegua cedida por Cortés y

algunos caballos heridos) cumplen un rol central al salvar el *quinto del rey*, hecho que, por obvias razones, queda bien asentado en las cartas cortesianas.¹¹ Como notan ambos cronistas, con distintos énfasis, el soldado codicioso (en general, *de Narváez*) perece en la contienda, cubierto de pesados tesoros, mientras que el soldado astuto y despojado (*de Cortés*) es más ágil para eludir al enemigo, se mimetiza con la oscuridad de la noche, llega hasta la calzada y la atraviesa cuando la rapidez define la vida o la muerte, ante el ataque de los mexicas, ya alertados del escape. A esto se agrega, en la *Historia verdadera*, un sutil detalle que exhibe el aprendizaje del soldado:

Yo digo que no tuve codicia sino procurar salvar la vida, mas no dejé de apañar de unas cazuelas que allí estaban unos cuatro chalchibuis, que son piedras entre los indios muy preciadas, que de presto me eché en los pechos entre las armas, que me fueron después buenas para curar mis heridas y comer el valor de ellas (Díaz del Castillo, 2005: CXXVIII-395; subrayado nuestro).

Para marcar la diferencia, reaparece la primera persona en un enunciado performativo, contraponiendo codicia y sensatez. Este pequeño gesto, que incluye los vocablos indígenas para nombrar los tesoros rescatados, configura un retrato que diferencia a este soldado: sabe qué tomar, qué valor puede tener en las sociedades mesoamericanas, de qué forma esconderlo *en su cuerpo*, cómo usarlo luego para *sanarse y alimentarse*. Así se representa la dinámica de un aprendizaje acerca del *otro* que anticipa las características de quienes podrán regresar a la ciudad para conquistarla, a diferencia de los recién llegados –*los de Narváez*– que perecen en los puentes.

Ya lejos de la ciudad, diezmados y perseguidos por los mexicas, los españoles alcanzan territorio aliado: Tlaxcala, donde se curarán y rearmarán para volver a asediar la ciudad, un año más tarde. Si la sensación de pérdida ante tanta *muerte y estrago* es total, también lo es la decisión de conquista. Recordemos el gesto que cierra la *Segunda carta*

¹¹ “Y tomé todo el oro y joyas de Vuestra Majestad que se podían sacar y púselo en una sala y allí lo entregué en ciertos líos a los oficiales de Vuestra Alteza que yo en su real nombre tenía señalados” (Cortés, 1993: 279).

de relación: Cortés nombra el territorio que acaba de perder, y así se lo comunica al rey:

Por lo que yo he visto y comprendido acerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, *me pareció que el más conveniente nombre para dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso a queste nombre* (Cortés, 1993: 308; subrayado nuestro).

¿Qué más poderoso que nombrar aquello que se ambiciona, apropiación simbólica que anticipa la conquista efectiva? Escritas al calor de la batalla, las *Cartas de relación* transforman resolución en destino, edifican una Nueva España en las entrañas de esa Tenochtitlan que aún –en julio de 1520– se yergue, sugestiva, vencedora, entre las aguas salobres del inquietante lago de Tezcoco.

Tenochtitlan: la caída

“¿Quién podrá sitiar a Tenochtitlan?
¿Quién podrá conmovier los cimientos del cielo?”
Yaocuicatl (canto guerrero nahua).

Ahora, la caída. La guerra, el asedio y el sitio a Tenochtitlan, un año después de la Noche Triste, conforman una nueva imagen de la ciudad, descrita en términos militares, ofensivos y defensivos. Párrafo a párrafo se presenta la progresiva destrucción: estamos ante una ciudad desordenada, hostil, desconocida para quien se haya asomado con el cronista soldado a la calzada de Tacuba en el primer encuentro (en el capítulo CLII de la *Historia verdadera...*). No hay pintura ni mapa posible de la ciudad: la guerra la somete a un cambio constante.

En estos acontecimientos, que ocupan la mayor parte de la *Terceira carta de relación* de Hernán Cortés y ocho extensos capítulos en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz, se articula nuevamente la retórica de la guerra, extremada ahora hasta límites inenarrables de ferocidad y resistencia en ambos bandos. El soldado recurre a una reiterada hipérbole para explicar el asedio y el enfrentamiento, lo cual tiene por resultado

cierto desorden en el texto. La batalla es recordada a través de profusas imágenes visuales, auditivas y táctiles; el desorden de la lucha constante se traslada a la diégesis; la *Historia verdadera* se colma de retrospectivas y anticipaciones, agregados, digresiones y remisiones a la primera persona del soldado-cronista:

Saber agora yo decir con qué rabia y esfuerzo se metían en nosotros a nos echar mano es cosa d' espanto, porque yo no lo sé aquí escrevir, que agora que me paro a pensar en ello, es como si agora lo viese y estuviese en aquel tranze e batalla (Díaz del Castillo, 2005: CLII-275).

Los primeros momentos de la guerra exhiben una ciudad majestuosa y feroz, que multiplica las señales –algo opacas para los españoles– del combate. “Grandes ahumadas” en toda la urbe y entre las poblaciones aledañas establecen un diálogo gestual, convocando las flotas de canoas:

En tierra firme hazían grandes ahumadas y les respondían con otras ahumadas de otros pueblos qu'están poblados en la laguna, y era señal que se apellidavan todas las canoas de México y de todos los pueblos del rededor de la laguna, porque vieron a Cortés que ya // avía salido de Tezcuco con los treze vergantines (Díaz del Castillo, 2005: CL-460).

El movimiento de Tenochtitlan preparándose para la batalla exaspera los elementos que la definían en las primeras, asombradas imágenes: una laguna colmada de canoas, casas en pie de guerra, ensordecidores sonidos de caracoles, atabales, gritos que no cesarán hasta el final, fuegos en lo alto de los templos, el aroma del copal ofrecido a los dioses sobre los corazones de los sacrificados para asegurar un desenlace favorable a los mexicas.¹²

Estas primeras instancias del combate subrayan los astutos usos de la ciudad por parte de sus habitantes y la necesidad de ajustar las estrategias de lucha en el campo español. El emplazamiento lacustre constituye

¹² Enrique Flores (2003) es quien trabaja más en detalle la relación entre sonido, *suspense* y temor en la *Historia verdadera*, en especial en el capítulo CLII, donde se relata el recorrido por la ciudad, la visión (majestuosa) del mercado de Tlatelolco y la aterradora visión del *cu de Uichilobos*, como Bernal lo llama.

un reto permanente para los invasores; la velocidad y destreza de los bergantines no alcanza para vencer. Tal como había ocurrido durante la Noche Triste, nuevamente los españoles se encuentran ante una batalla que no admite descanso; la ferocidad de los mexicas afecta incluso la temporalidad: se pelea día y noche, sin pausa, sin repliegue, hasta que son los españoles los que “se vuelven al real” o se repliegan agradeciendo “que viniese el aguacero temprano, porque como se mojaban los contrarios no peleaban tan bravosamente y nos dexavan retraer en salvo y desta manera teníamos algún descanso” (Díaz del Castillo, CLIII-493). Este asedio constante exhibe una ciudad de pie, firme ante el enemigo, escena que se reiterará, con extremo patetismo, en los últimos momentos del sitio: “aunque los veíamos estar encima de las azoteas cubiertos con sus mantas que usan, y sin armas; e hice este día que se les requiriese con la paz, y sus respuestas eran disimulaciones” (Cortés, 1993).

Si la retórica de la batalla se inscribe en una retórica del cuerpo esforzado y valeroso (tanto aliado como enemigo), el relato del sitio de Tenochtitlan que propone la *Historia verdadera* agudiza esta relación y hace de la corporalidad un elemento omnipresente en descripciones, retratos, narraciones, metáforas. Los primeros momentos del asedio se hallan atravesados por el espantado recuerdo de los sacrificios de españoles apresados por los mexicas. La amenaza del Templo Mayor y su “Uichilobos” se hace efectiva en reiteradas escenas de sacrificios colectivos: el funcionamiento de los *cúes* se asegura sobre los cuerpos de los españoles, mientras sus compañeros son espantados testigos.

La lógica mexica de la guerra está cifrada en el ataque al cuerpo del enemigo, al que se apresara para sacrificar, se desarma, desmembra, desparrama. Los corazones de los españoles son ofrecidos a los dioses y quemados con copal; las cabezas, seccionadas, forman parte del *xoonpantli* o son arrojadas a los pies de Cortés, quien, ante semejante escena, “desmayó mucho más de lo que antes estava y se le saltaron las lágrimas de los ojos y a todos a los que consigo tenía” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-480). Barrigas y tripas son servidas a “leones y tigres y cierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-480); brazos y piernas son comidos “con chil mole” o usados contra los tlaxcaltecas como amenaza de muerte. En el recuerdo del cronista, el oxímoron de un “atanbor muy *doloroso*” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-

480) o “un atanbor, el más *triste* sonido” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-479) sintetiza la heterogénea ferocidad del ataque mexicana.

Ante esta constante amenaza a la propia identidad cifrada en la unidad del cuerpo, el texto multiplica las metáforas corporales para definir el propio bando: “y a esta causa estábamos muy penosos y todos juntos, así heridos como sanos, *hechos un cuerpo* estuvimos sosteniendo el ímpetu de la furia de los mexicanos que sobre nosotros estaban” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-480; subrayado nuestro); “y luego mandó [Cortés] que si no fuéramos desbaratados que mirásemos que en el real oviese buen recaudo y que *todos juntos hiziésemos cuerpo*” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-481; subrayado nuestro). La metáfora reúne el bando español en *un solo cuerpo* para defenderse del enemigo y alcanzar el objetivo: internarse en el “cuerpo de la ciudad” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-476) y llegar a su centro, el mercado de Tlatelolco.

A diferencia de los enfrentamientos anteriores, aquí entran en escena otros actores: los aliados tlaxcaltecas, mucho más decisivos para la victoria de lo que reconocen las crónicas españolas. Bernal Díaz siempre los identifica como “nuestros amigos”, fundamentales ya desde el momento en que quiebran el acueducto de Chapultepec.¹³ De hecho, los tlaxcaltecas cuidan las espaldas de los españoles, pelean cuerpo a cuerpo con los mexicanos, desbaratan al enemigo, son decisivos en la toma del acueducto y en el sitio de la ciudad. Incluso ciertas costumbres percibidas como abyectas –me refiero al canibalismo del cuerpo vencido– son permitidas por Cortés, quien las usa para minar el ánimo del enemigo mexicana. Pero esta relación no es gratuita: la familiaridad entre extranjeros y nativos a la que la guerra los obliga produce cambios en la subjetividad de *ambos* bandos. Nuevamente, será el cuerpo el escenario de este desplazamiento: los heridos tlaxcaltecas acuden al padre que bendice a los heridos españoles, para que también a ellos los santigüe: “...pues *nuestros amigos los*

¹³ “E yendoles a quebrar los caños topamos muchos guerreros que nos esperavan en el camino, porque bien entendido tenían que aquello avía de ser lo primero en que les podríamos // dañar, y así como nos encontraron cerca de unos pasos malos, comenzaron a nos flechar y tirar vara y piedra con hondas, e hirieron a tres de nuestros soldados; mas de presto les hizimos bolver las espaldas, y nuestros amigos los de Tascala los siguieron de manera que mataron veinte y prendieron siete u ocho dellos; y desde aquellos esquadros estuvieron puestos en huida les quebramos los caños por donde iba el agua a su cibdad y desde entonces nunca fue a México entre tanto que duró la guerra” (Díaz del Castillo, 2005: CL-458).

de Tascala, que vían que aquel hombre que dicho tengo nos santiguava, todos los heridos y descalabardos ivan a él, y eran tantos, que en todo el día harto tenía que curar” (Díaz del Castillo, 2005: CLI-464; subrayado nuestro). Como contrapartida, los españoles incorporan alimentos y costumbres y encuentran reparo en ellos: “...volvimos a *nuestro* real bien heridos, donde *nos curamos con azeite* y apretar las heridas con mantas, y comer *nuestras tortillas con axí e yerbas y tunas*” (Díaz del Castillo, 2005: CLIII-490; subrayado nuestro).¹⁴

Si el recorrido de Tenochtitlan se articuló a partir de dos espacios referidos como antitéticos (el mercado de Tlatelolco y el Templo Mayor), en la toma de la ciudad los españoles también los designan como centro, sabedores ahora del hondo significado de cada uno de ellos para los habitantes de Tenochtitlan. Tal como lo plantea el relato, lo que cambia la suerte de la guerra, ahora a favor de los españoles, es la progresiva asfixia consecuencia del sitio y la decisión de destruir por completo la ciudad. Sin bastimentos ni agua, Tenochtitlan obliga a sus habitantes a replegarse en lugares cada vez más reducidos –aunque no a rendirse. En esta redefinición de los espacios que la guerra impone, el mercado de Tlatelolco se convierte en baluarte de los mexicas, último refugio cuando la ciudad va siendo arrasada; sus canales, tapados con lodo, piedras, maderas y *cuerpos* de sus habitantes; sus casas, incendiadas. Allí prepara Cortés un banquete para la rendición, escena totalmente ajena a la perspectiva mexicana de la guerra, tal como lo indica Inga Clendinnen (2003). Desde el mercado, entonces, observa la ciudad arrasada:

Y yo miré desde aquella torre lo que teníamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teníamos ganado las siete; y viendo que tanto número de gente de los enemigos no era posible sufrirse en tanto angostura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran pequeñas y puestas cada una en ellas sobre sí en el agua, y *sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles ballábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles*, acordé de los dejar de combatir por algún día y moverles algún partido por donde no pudiese tanta multitud de

¹⁴ Las crónicas solo insinúan otra guerra, superpuesta o subyacente, entre mexicas y tlaxcaltecas, evidente por ejemplo en las amenazas de los primeros específicamente dirigidas a los segundos. ¿Cómo saber si en la lógica –hoy opaca– de la guerra, este enfrentamiento no cobró principal relevancia en la negativa a rendirse ante el bando español y sus aliados?

gente; que cierto *me ponía en mucha lástima, y dolor el daño que en ellos se hacía*, y continuamente les hacía acometer con la paz; y ellos decían que *en ninguna manera se habían de dar, y que uno solo que quedase había de morir peleando* (Cortés, 1993: 412; subrayado nuestro).

La victoria del bando español –posible en virtud del consejo y el apoyo de los aliados tlaxcaltecas– es representada en la mutación que sufre el cuerpo del enemigo: de los guerreros múltiples, valerosos, feroces, que pelean “como tigres” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-476) a los cuerpos flacos, hambrientos, sedientos, enfermos, desesperados de los sobrevivientes. La ciudad asfixiada, segada, seca, es asolada además por la viruela, que destruye buena parte de la población y es leída, retrospectivamente, como señal del fin por las crónicas indígenas.¹⁵ Guerra y enfermedad se unen para dar comienzo la catástrofe demográfica que acompaña la caída de la ciudad y de su imperio. Estos cuerpos desesperados son inscriptos en cierta retórica del patetismo, pero también dan cuenta de una genuina admiración por parte del español ante el inaudito valor del mexica, incluso ante su inexplicable –para Cortés al menos– negativa a rendirse:

Y yo, viendo cómo estos de la ciudad estaban tan rebeldes y *con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo*, no sabía qué medio tener con ellos para quitarnos a nosotros de tantos peligros y trabajos, *y a ellos y a su ciudad no los acabar de destruir, porque era la más hermosa cosa del mundo* (Cortés, 1993: 415; subrayado nuestro).

El agua que da vida, define y estructura a Tenochtitlan obliga a una batalla inesperada de canoas contra bergantines; la valerosa resistencia mexica lleva a múltiples cambios de táctica, como detalla en especial el cronista soldado. Esta misma resistencia articula una porfiada reconstrucción de casas y puentes, arrasados por los españoles durante el día.¹⁶

¹⁵ Al respecto, véase en especial el libro XII de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún. También algunos españoles interpretan esta peste –que se había desatado un año atrás– como signo o ayuda de la Providencia. No lo hace Cortés, siempre mucho más cauto en este tipo de afirmaciones.

¹⁶ “... y como les íbamos ganando muchas torres de ídolos y casas y otrs aberturas de canjas y puentes que de casa a casa tenían hechos, y todo lo cegávamos con adobes y la madera de las casas que deshazíamos y derrocávamos y aun sobr’ellas velávamos,

Ante la evidencia de que cada día deben recomenzar el avance porque todo espacio es una trampa, cada casa puede albergar armas o emboscadas, cada mexicana es un guerrero, se decide la destrucción de la ciudad. Cortés así lo explica, aunque no sin lamentarlo:

Y yo, viendo que el negocio pasaba de esta manera, y que había ya más de cuarenta y cinco días que estábamos en el cerco, acordé de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder más estrechar a los enemigos, y fue que *como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas de ellas del un cabo y del otro, por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado* (Cortés: 1993: 412; subrayado nuestro).

El agua debe ser eliminada para que la victoria española sea posible: ambas crónicas retratan entonces la destrucción, que tiene como consecuencia una ciudad seca, ya que cada canal debe ser segado y cada casa incendiada antes de continuar el avance. Ahora, la guerra muda su signo, que se vuelve desfavorable para los mexicanos. Las crónicas españolas no lo refieren de ese modo porque no pueden comprenderlo; en cambio, las crónicas indígenas leen estos signos –la toma del Templo Mayor, la pérdida del estandarte en la batalla, la sed, la peste– como presagios del fin.¹⁷ Si en el mundo mexicano, el signo que remite a la guerra sagrada es el *atl tlachinolli*, doble glifo que significaba “agua –es decir, sangre– e incendio” (Soustelle: [1955] 1996: 203), la muerte de la ciudad presenta esta doble valencia, agua-sangre, que la lengua nahuatl connota. Agua que alimenta y da vida a la urbe, sangre que habita cada uno de sus habitantes: ambas son vertidas, consumidas, derramadas en la victoria de un modo de batallar extraño. Por eso la contigüidad entre el fin de una y la muerte de los otros: la negativa a rendirse, la “determinación a

y aun *con toda esta diligencia que poníamos lo tornavan abondar y ensanchar* y ponían más albarradas” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-472; subrayado nuestro).

¹⁷ Refieren los informantes de Sahagún una misteriosa señal: “El día siguiente cerca de medianoche llovía menudo, y a deshora vieron los mexicanos un fuego así como torbellino que echaba de sí brasas grandes, y menores, y centellas muchas, remolineando y respandando y estallando: anduvo alrededor del cercado o corral de los mexicanos donde estaban todos cercados que se llamaba *Coionacazco*, y como hubo cercado el corral tiró derecho hacia el medio de la laguna, y allí desapareció, y los mexicanos no dieron grita como suelen hacer en tales visiones: todos callaron por miedo a los enemigos” (Sahagún, 1992: XII-754).

morir”, exhiben en verdad un modo de vivir no tanto porfiado, como lo entiende Cortés, sino acorde con una cosmovisión que tiene a Tenochtitlan como centro.

Se da paso entonces a la terrible mutación; el agua se convierte en tierra y lodo, la hediondez que recorre la ciudad ya no proviene de los templos sino de los cuerpos muertos de sus propios habitantes: “y no podíamos sufrir el mal olor de los muertos que había de muchos días por aquellas calles, que era la cosa del mundo más pestilencial” (Cortés, 1993: 423). En el máximo signo del fin, los canales se tapan con cadáveres; cuerpos apilados en casas y templos conforman el esqueleto de una ciudad que muere junto a sus habitantes: “y así por aquellas calles en que estaban hallábamos los montones de los muertos, que no había persona que en otra cosa pudiese poner los pies” (Cortés, 1993: 425).¹⁸ Cuando Tenochtitlan finalmente cae y los españoles entran en ella, los cuerpos de los mexicas constituyen las calles por las que caminan, en pavorosa imagen de destrucción.

Señales del fin

El fin de los enfrentamientos tiene un lugar central en el relato, marcado por la abrupta contraposición sonido ensordecedor/ silencio, de la que dan cuenta tanto la crónica del soldado como los testimonios mexicas, aunque con distintos sentidos. Caída la ciudad, relata Bernal Díaz:

Llovió y relanpagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche mucho más aguas que otras veces. Y desde se ovo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera uno onbre encima de un campanario y tañesen muchas canpanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de tañer; y esto digo a propósito porque todos los noventa y tres días que sobre esta cibdad estuvimos, de noche y de día davan tantos gritos y bozes unos capitanes mexicanos apercibiendo los escuadrones y guerreros que abían de batallar en las calcadas. [...] Y desta

¹⁸ Reitera –y amplifica– Bernal Díaz: “...digamos de los cuerpos muertos y cabezas qu’estaban en aquellas casas adonde se avía retraído Guatemuz; digo que juro, amén, que todas las casas y barbacoas y laguna estaban llenas de cabezas y cuerpos muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba, pues en las calles y en los mismos patios de Tatelulco no avía otra cosa, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos” (2005, CLVI-509).

manera de noche y de día teníamos el mayor ruido, que no nos oíamos los unos a los otros, y después de preso el Guatemuz cesaron las bozes y todo el ruido; y por esta causa he dicho como si de antes estubieramos en campanario (2005: 381)

En su capacidad memorialista y su voluntad de narrar, el cronista-soldado ofrece una escena por demás abrumadora en su potente significación. Preso Cuauthémoc, rendida México, cesan “las bozes y todo el ruido” y los soldados quedan sordos, como si todas las campanas de una ciudad, que sonaran juntas durante meses, cesaran al unísono en afilado instante, perfecta metáfora de la historia de Tenochtitlan. La capacidad evocativa, representacional, de esta escena es tal que el silencio de la caída puede palpase, como un difuso oleaje, en estas significativas líneas de la *Historia verdadera*. Si, según Enrique Flores, “el silencio es la escucha más terrible” (2003: 149), aquí el súbito callar es metáfora del silencio del conquistador sobre el cuerpo y las voces de los otros; marca el fin y anticipa el principio; postula la necesidad de nuevas voces para un nuevo espacio, futuro, desconocido para todos los involucrados, conquistadores y conquistados. No se trata de un acto de acercamiento o de comprensión ante la alteridad; en verdad, en irónica paradoja, el momento de mayor cercanía con el *otro*, en la común dinámica de la guerra, es la atemporal ráfaga de silencio. Tenochtitlan –la cultura, la historia, la memoria del vencido– existe, de este modo, en *el gesto que la suprime*. El sonido de la alteridad, que hasta este momento asombra –en el mercado–, o atemoriza, hiere, mata –en la batalla–, se detiene por un momento y articula el fin o la mitificación de la *región más transparente del aire*.

La oscilación oír-no oír se formula en verdad a partir de un forzamiento: “porque todos los noventa y tres días que sobre esta cibdad estubimos, de noche y de día davan tantos gritos y bozes unos capitanes mexicanos” que no podían ser acallados ni podían dejar de ser escuchados, en imagen sonora que parece filtrarse en cada resquicio de la memoria. En la caída de Tenochtitlan, el cuerpo propio inscribe el recuerdo de un instante crucial, y el soldado, aun en la victoria, queda inerme ante el oxímoron de un silencio ensordecedor. Por eso es necesaria la escritura que restituye un sentido, una colocación, y reerige la

propia figura con un trazo evocativo que se pretende épico, a pesar de codicias y miserias.

En una línea convergente y divergente a un tiempo, los testimonios de los mexicas sobrevivientes, recopilados en el libro XII de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* del franciscano Bernardino de Sahagún, subrayan también el profundo y abrupto silencio, el tenaz “no chistar una palabra” de quienes se presentan como testigos del fin y depositarios de su historia:

Y se vino a aparecer una como grande llama. Cuando anocheció llovía, era cual rocío la lluvia. En este tiempo se mostró aquel fuego. Se dejó ver, apareció cual si viniera del cielo. Era como un remolino; se movía haciendo giros, andaba haciendo espirales. Iba como echando chispas, cual si restallaran brasas. Unas grandes, otras chicas, otras como leve chispa. Como si un tubo de metal estuviera al fuego, muchos ruidos hacía, retumbaba, chisporroteaba. Rodeó la muralla cercana al agua y en Coyonacazco fue a parar. Desde allí fue luego a medio lago, allí fue a terminar. Nadie hizo alarde de miedo. Nadie chistó una palabra (1982: 351).

Los informantes nativos, cuyas voces traman la escritura en náhuatl y en castellano del libro de Sahagún, articulan, a partir de la profecía, de una temporalidad de anticipaciones y prospecciones, las señales del fin. La memoria plural, transmitida, transcripta, se constituye en modo de volver inteligible la experiencia a partir de lo indicial. El fin de Tenochtitlan, que como narran las crónicas llega tras un insoportable sitio de más de tres meses y una tensa expectación de varios días, con la población acorralada en el último reducto irredento de la ciudad, es anunciado en los relatos por la chispa, la brasa, el fuego que cae “a medio lago, allí fue a terminar”. Es preciso el fuego, la noche, la lluvia para construir una escena en la que reverberan las graduales imágenes, las sucesivas metáforas de la “grande llama” que debía anunciar la caída. No se trata tanto de narrar lo real, de recordar lo que en efecto ha tenido lugar, sino, antes bien, de concebir la representación como modo de comprensión y de conocimiento: del *otro*, del pasado, del *yo*. En la proliferante temporalidad de la metáfora, estas voces aluden al remolino y a la espiral, imágenes que rememoran –anticipan e inventan– el vértigo, el temblor y, *multiplicado en el eco*, el ruido de la llama que retumba, atronadora, antes de morir en las aguas de Texcoco.

La metáfora recupera también la ineludible asociación ciudad-lago, agua-sangre (agua-tinta), vida-muerte que organiza el sentido –parcial, residual, faltó y, no obstante, irrenunciable– de la ciudad de Tenochtitlan, tal como ha llegado hasta nosotros en la palabra de estos cronistas. Voces y miradas se reúnen para erigir, en la sintagmática corporalidad de la palabra escrita, la ciudad deseada y vislumbrada, la ciudad ambicionada y cercada, la orgullosa ciudad que sólo se rinde al precio de su completa destrucción... Entonces: contra la muerte, la memoria (como sugiere el cronista-soldado en el prólogo al Manuscrito Guatemala). Aún en la certeza de que, como afirma José Emilio Pacheco, “aquel mundo ya sólo existe en la memoria que inventa” (2000: 57).

Bibliografía

- AÑÓN, VALERIA, 2009. “Sujetos y cuerpos: memorias de batalla en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo”, en *Actas del Congreso Celebis de Literatura 2008*, Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- BAJTIN, MIJAIL, [1987] 1994. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*, trad. Julio Forcat y César Conroy, Madrid: Alianza.
- BARKAI, RON, 1984. *Cristianos y musulmanes*, Madrid: RIALP.
- CLENDINNEN, INGA, 2003. *Aztecs: An interpretation*, Cambridge: Cambridge University Press.
- CORTÉS, HERNÁN, 1993. *Cartas de relación*, edición de Ángel Delgado Gómez, Madrid: Castalia.
- CHICOTE, GLORIA, 2003. “La lexicalización de la experiencia: el romancero en la prosa historiográfica de Bernal Díaz del Castillo”, *Romance Quarterly*, 50, 4, 269-279.
- DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL, 2005. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*, edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, México: El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Servicio Alemán de Intercambio Académico, Agencia Española de Cooperación Internacional.
- , 1982. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid: Consejo de Investigaciones Científicas.

- FLORES, ENRIQUE, 2003. "El silencio de la conquista. Poéticas de Bernal Díaz", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XXIX, N° 57, Lima-Hanover, 143-150.
- GLANTZ, MARGO, 1992. *Borriones y borradores*, México: Ediciones del Equilibrista.
- IGLESIA, RAMÓN, [1942] 1972. *Cronistas e historiadores de la conquista de México*, México: Sep/setentas.
- LE BRETON, DAVID, 1995. *Antropología del cuerpo y modernidad*, trad. Paula Mahler, Buenos Aires: Nueva Visión.
- LÓPEZ AUSTIN, ALFREDO, 1980. *Cuerpo humano e ideología*, 2 vols., México: UNAM.
- LÓPEZ DE GÓMARA, FRANCISCO, 1979. *Historia de la conquista de México*, Ed. Jorge Gurría Lacroix, Caracas: Ayacucho.
- MENDIOLA MEJÍA, ALFONSO, 2003. *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*, México: Universidad Iberoamericana.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO, 2000. *Antigüedades mexicanas en Tarde o temprano. (Poemas 1958-2000)*, México: FCE.
- RODRÍGUEZ, JIMENA, 2009. *Procedimientos de escritura de relatos de viajes en crónicas de la conquista*, México: El Colegio de México, en prensa.
- ROZAT DUPEYRON, GUY, 2002. *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México: Universidad Veracruzana-INAH-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- SÁENZ DE SANTA MARÍA, CARMELO, 1982. "Introducción" a DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid: Consejo de Investigaciones Científicas.
- SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE, 1992. *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México: Porrúa.
- SOUSTELLE, JACQUES, [1955] 1996. *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, trad. Carlos Villegas, México: FCE.
- ZUMTHOR, PAUL, 1994. *La medida del mundo. La representación del espacio en la Edad Media*, trad. Alicia Martorell, Madrid: Cátedra.